

NEW LEFT REVIEW 105

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2017

EDITORIAL

PERRY ANDERSON La primavera francesa 7

ARTÍCULOS

JULIAN STALLABRASS Sobre las fotografías icónicas de la guerra 33

TOM HAZELDINE La revuelta de las áreas industriales deprimidas 57

PATRICIA MCMANUS De Huxley a Eggers 89

OWEN HATHERLEY Las capitales de Therborn 117

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Extravagantemente: ¿un tribuno *tory*? 145

ALICE BAMFORD Desafiantemente: una liberal en la Guerra Fría 154

TOM BARKER Tranquilamente: neoprogresista 165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Ferdinand Mount, *English Voices: Lives, Landscapes, Laments*, Londres, Simon and Schuster, 2016, 512 pp.

FRANCIS MULHERN

¿UN TRIBUNO TORY?

«Para cuando Margaret Thatcher llegó a ser primera ministra», nos informa Ferdinand Mount, él ya «se había olvidado por completo de hacer carrera política y se había asentado felizmente en una vida dedicada a escribir todo aquello que le pasaba por la cabeza o por la mano». *English Voices* es el libro resultado de ese proyecto: aunque es solamente uno más de los muchos que ha publicado, entre los que se incluyen novelas, obras sobre historia y también de posicionamiento político, pues resultó que la política no le había olvidado en absoluto, sí es el que responde con más presteza a ese ligero boceto de su carrera en el mundo de las letras. Abarcando treinta años desde 1985, *English Voices* recoge como cincuenta y tres sustanciosas reseñas de libros, la mitad de ellas publicadas en *The Spectator*, donde Mount lleva escribiendo desde la década de 1970. La mayor parte del resto procede de *The Times Literary Supplement*, del que fue editor durante buena parte de la década de 1980 y los primeros años de la de 1990, y de *The London Review of Books*, que aporta el grueso de las reseñas más recientes. Una recopilación de estas dimensiones no se presta a una sinopsis convencional (el número de libros comentados es aún mayor, en total más de sesenta). La intención del título y del subtítulo del volumen es habilitar un contenedor para sus diversos materiales más que la de buscar una definición de estos o señalar temas que los ligen entre sí. A modo de introducción, una discusión sobre el carácter inglés enfatiza la mestiza constitución histórica de su pueblo, siguiendo la estela de la muy conocida sátira de Dryden, que motiva así ese plural indefinido: «voces». Pero

las alusiones a los legados compartidos del derecho común y a un idioma simultáneamente rico y ágil, con ecos respectivamente de Tennyson y de Orwell, no encuentran continuidad en los sucesivos preámbulos que encabezan las subdivisiones del contenido o en los propios ensayos. Sin embargo, se pueden encontrar otras maneras de caracterizarlos.

Aquí lo que predomina, con diferencia, es la escritura vital: cartas, biografía y autobiografía, memorias y diarios, con un poco de historia y algunos estudios sobre arquitectura y paisaje. Las vidas son principalmente políticas y literarias, con una ampliación hacia los asuntos eclesiásticos, la arquitectura de los pueblos y las áreas suburbanas y un poco de tenis; la época es el siglo XIX, más frecuentemente el siglo XX, con algunas incursiones en el siglo XXI, estas vidas incluyen a parlamentarios, desde Robert Peel hasta Roy Jenkins, y a escritores, desde Coleridge a Kingsley Amis. (Shakespeare y Pepys son dos excepciones a este programa). Todos son ingleses, bien por nacimiento, por residencia o por pertenencia adoptiva, aunque no escasean las conexiones escocesas (William Ewart Gladstone, por ejemplo, o la novelista Muriel Spark); el grupo incluye también a dos miembros procedentes de las antiguas colonias, una viene desde los viejos dominios (Germaine Greer), el otro del Caribe (V. S. Naipaul); y hay un intelectual judío refugiado, ahora ya nacionalizado, procedente de la Viena de Hitler (Elias Canetti). No es difícil, entonces, estar de acuerdo con la propuesta del editor de que el libro es «como una galería nacional de retratos de la mente inglesa». La construcción temporal del libro es más interesante de lo que da a entender su mero índice cronológico «1985-2015». Casi dos tercios de los ensayos proceden de la segunda mitad de este lapso temporal, la mayoría de ellos de los últimos diez años; la década de 1990, por el contrario, solo aporta tres. En este sentido, *English Voices* es un cuerpo de escritura más reciente de lo que su presentación deja traslucir. No obstante, una cronología comparativa de sus temas nos presenta una visión diferente. De los once personajes que aquí se catalogan como «voces de nuestro tiempo», menos de la mitad son lo suficientemente jóvenes como para clasificarlos como contemporáneos de Mount (nacido en 1939) y solamente una persona en todo el libro es más joven que él, aunque, con casi setenta años, no se puede decir que Peter Ackroyd sea un recién llegado. La disyunción implícita en «nuestra época», anuncia el libro en su conjunto como una retrospectiva.

La visión retrospectiva de Mount puede ser sencilla, ya esté hablando de Gladstone, a quien considera una presencia viva, o de A. J. Balfour, a quien despacha con una cita fulminante de *Retorno a Brideshead*: «En último término, me temo, el encanto es lo único que se conserva». Consciente de la decadencia que lo rodea, no obstante, se resiste a dejarse llevar por la evasión que proporciona la nostalgia convencional, como demuestra en su análisis de Ronald Blythe, el autor de *Akenfield*, a la vez que no descuida los valores

que el libro promueve. Pero, a veces, su enfoque sobre el pasado no es tanto una mirada retrospectiva como una variedad de viaje en el tiempo. El debate sobre Blythe se clausura en este tono, que amplifica en una conclusión que relata una visita al antiguo bosque de Hatfield en Essex:

En el camino de vuelta al coche, en el crepúsculo, atravesando una arboleda de hayas blancas desmochadas (para el guardabosques del siglo XX una visión tan peregrina como las palmeras datileras), alcancé a ver las luces azules del aeropuerto de Stansted a tan sólo media milla de distancia y por primera vez recordé exactamente dónde me encontraba. Ningún parque municipal de cerezos y limoneros podría conferir una soledad así.

Y después viene este momento impresionante, al final de un pasaje en el que se ha alabado al cardenal Basil Hume por terminar con el distanciamiento cultural de cuatrocientos años entre la esencia inglesa y el catolicismo romano:

Hume fue el testigo [...] de una posibilidad vital que ya no parecía alcanzable y su voz fue como el silbido de un tren que hace años que ha dejado de funcionar pero que en ocasiones puedes escuchar por la noche en la parte más remota del valle.

Esto no es una visión retrospectiva ni siquiera un viaje en el tiempo; es un encantamiento. «Los fantasmas de verdad» no son obsequiosos, nos declara Mount, cuando compara al escritor inglés M. R. James con el estadounidense del mismo nombre que escribió *The Turn of the Screw*. «No se marchan cuando se lo pides». Está hablando sobre los espíritus molestos, pero sus implicaciones son generales. «Para mí, estos huesos viven», escribe, refiriéndose a las muchas capas de huellas materiales de la actividad humana en los viejos paisajes, en un preámbulo que lleva el título «En busca de Inglaterra». El pasado está en todas partes, incluso aunque a menudo lo esté únicamente bajo la forma de su carácter pasado, como un espíritu.

De hecho, como será consciente cualquier lector de la obra de Mount *Cold Cream* (2008), estas curvaturas del tiempo pueden ser habituales y, sin duda alguna, corpóreas. Lo que Mount deja traslucir en sus recuerdos de una educación en «Hobohemia», una subdivisión disoluta de la clase alta inglesa, es un despliegue del poder y de la capacidad de las redes de las familias privilegiadas y de sus mediaciones institucionales, incluso cuando escasea el dinero y la prudencia no es más que un buen consejo para los irredentos disolutos. Por el lado materno, Mount procede de las ramas menores de la aristocracia anglo-irlandesa (su madre, Julia, era una Pakenham) y, por el lado paterno, de la burguesía rural ennoblecida oriunda de Berkshire. Mount ha sido, según su propio relato, uno de esos seres a quienes las cosas providencialmente le ocurren, que siempre están «topándose con» esta o aquella persona significativa. El fenómeno se establece temprano (en el vientre de su madre, se nos dice, en un aparte humorístico que es pura y simplemente una verdad social)

y se vuelve una costumbre. Mientras está de vacaciones en Florencia, lo recibe Harold Acton, un amigo del tío Tom (el sexto duque de Longford). El tío Tony, casado con otra de las chicas Pakenham, es más conocido en todo el mundo como el autor de *A Dance to the Music of Time*, Anthony Powell. Por el otro lado de la familia, el joven David, hijo de la prima Mary (ahora Cameron) ha tenido el «descaro» de asumir el liderazgo del Partido Conservador. Mount teje un lazo semifamiliar duradero con Isaiah (Shaya) Berlin, que se había prendado de Julia cuando ambos estaban en Oxford. Otros encuentros amistosos incluyen, no necesariamente en este orden, a Donald MacLean, George Orwell, Oswald Mosley, Siegfried Sassoon (un vecino) y a «las ocasionales Mitford». Un amigo del colegio de Eton lo invita a casa de sus padres, que resultan ser Celia Johnson (protagonista de la inmortal *Brief Encounter*) y su marido, Peter Fleming, «explorador» y hermano de Ian. De vuelta a la universidad, el futuro John Le Carré le enseña alemán. Con las instituciones ocurre como con los individuos. La narración en primera persona de Mount, con saltos en el tiempo, con su «autoindulgente» selección, tiene el efecto de relegar o incluso de deshacer las secuencias causales habituales, de tal forma que se nos aparece en Eton sin ni siquiera haberlo solicitado, y después en Oxford (Christ Church) de nuevo sin los preliminares habituales. En una frase que ilustra el hábito autocrítico de sus memorias, apunta que esta narrativa errática es una señal de un «crecimiento personal» deficiente. Pero podemos entenderla también dentro de una retórica de lo desde-siempre-ya, de la condición que define el privilegio hereditario, aquí dando a entender la inutilidad de un esfuerzo concentrado.

El sujeto que habla en *English Voices* se puede reconocer como una versión más mayor del Ferdy Mount de *Cold Cream*, cómodo y entregado a un amplio abanico de materias, aprendidas placenteramente, con un ojo agudo, un oído atento y una afición especial a corregir las meteduras de pata de escritores menos familiarizados que él con las inflexiones de las clases nobles. El novelista nunca se va demasiado lejos. Mount es gracioso, a veces afectuoso, con un leve toque decadente (la palabra «delicioso» se adhiere a una amplia panoplia de objetos en estas páginas, la mayoría de ellos no comestibles). «Una pura delicia» ha sido la respuesta de *The Times Literary Supplement*, ahondando en la metáfora consumista, «adorable», ha dicho *The Evening Standard* de Londres. Así que no nos pilla por sorpresa encontrarlo, a principios de la década de 1960, trabajando en el Departamento de Investigación de los conservadores, de camino, o esa es su aspiración, a obtener un asiento en el Parlamento, sin haber aportado ninguna prueba de un proceso previo de aculturación política; o encontrárnoslo, veinte años más tarde, en el 10 de Downing Street, donde ha sido invitado –así, tal cual– a encabezar una unidad política independiente para Margaret Thatcher. Fiel a su costumbre, por lo que parece, había sido desde-siempre-ya un *tory* y, alrededor de 1979, después

de una instructiva estancia en Estados Unidos, ha terminado para siempre su relación con los «políticos veletas, sin convicciones». En un artículo en *The Spectator*, en los días posteriores al «triunfo» electoral de Thatcher, elogia su «torismo individualista y populista» y concluye: «Podemos con toda seguridad brindar con medio vaso de un buen clarete corriente».

Mount permaneció bajo el hechizo en Downing Street, en sus «vacaciones de la ironía», como después las denominó, durante menos de dos años y *English Voices* transcurre por completo en las décadas posteriores. Estos ensayos no son la obra de un doctrinario partidista del montón. Las personalidades (siempre) y las políticas (algunas veces) llevan la delantera a las ideas. Casi todos los títulos de Mount se pliegan a una fórmula sencilla: un nombre de alguien, después una frase temática (John Osborne: «¿Gestión de la ira?») El único «ismo» que se discute por sí mismo es el de los partidarios de John Wesley («Ascenso y caída y ascenso del Metodismo»), cuyo «activismo jovial» constituye una saludable alternativa popular a las monstruosas «masas» de Canetti, ellas a su vez proyecciones fóbicas de un narcisista intelectual. Hay razones suficientes para optar por este énfasis, tanto circunstanciales como filosóficas. La biografía es la materia de la mayoría de estos ensayos, que son reseñas en revistas de fin de semana y se deduce de manera natural que las «sutilezas» de las vidas individuales tienen preferencia sobre las abstracciones transferibles. Para Mount, además, la sabiduría política comienza con la idea de Isaiah Berlin de que «los fines diversos e inconmensurables son algo endémico a la condición humana», de lo que se sigue que ninguna teoría puede ser simultáneamente coherente y abarcarlo todo. Así que hay que deshacerse de cualquier cosa que tenga pinta de «dogma mal ajustado». Pero se puede argumentar que un razonamiento así se acopla con demasiada facilidad al paisaje cultural del cual previamente toma su justificación, a su obvio «sentido común», como lo suelen llamar. La facilidad del paso discursivo desde el entretenimiento a la protesta y de vuelta, la fluidez social estilística que a veces se califica de «civilizada» es, en sí mismo, un recurso político muy desigualmente repartido. Este cuasi monopolio de las clases dominantes y de sus elites especializadas es un tipo de «exnominación» (Barthes) o una política de la no política.

Pero no es esta la vía de Mount, a pesar de las apariencias en su contra. No es que carezca de inclinación a la capacidad negativa, por tomar prestada una frase de uno de sus poetas predilectos, Keats. Cuando escribe acerca de la religión es, sucesivamente, «destempladamente protestante», dispuesto a apreciar la capacidad de animación del Metodismo, reverente en su elogio de Basil Hume, a la vez que enfatiza deliberadamente que una de las cualidades que compartían los «viejos maestros» –Shakespeare, Coleridge, Keats, Dickens y Hardy– era su distanciamiento de las creencias cristianas. (Mount añade, en otro momento, que quienes se quedan en la religión en tanto que

asunto de «creencia» están en cualquier caso equivocándose sobre este punto: el tenis no se cuestiona en el momento de servir, señala, embrollando lo que parecía hasta este momento una afirmación bastante sencilla). En temas literarios, su admiración por los ensayos feministas de Virginia Woolf no parece forzada y, aún así, se las apaña para parecer a la vez descarado y brusco en su conclusión, rememorando a «una mujer rebosante de ingenio, malicia, sentido común, imaginación y capricho más que [...] a una santa de escayola para una época sin dioses». Pero en el caso más simple de W. G. Sebald, «un maestro envuelto en la niebla», la brusquedad se convierte en la inspiración para un retrato excesivo del habitual alemán metafísico, desde la perspectiva de un inglés empírico. Y el pensamiento, provocado por una versión multilingüe de *El sueño de una noche de verano*, de que «quienes prefieren escuchar las cosas en su propia jerga» deben considerarse «fascistas imperialistas racistas» es una alerta que nos llega desde el bar del club de golf.

Por supuesto, en las grandes batallas políticas ideológicas del siglo xx, Mount se alistó en el bando del osado David occidental. Las palabras con las que concluye su estimación de Hugh Trevor-Roper, de 2005, recuerdan a un antaño poderoso adversario ideológico:

Las causas por las que batalló con tal feroz deleite salieron triunfantes, en la misma medida en la Guerra Fría que en la Guerra Civil inglesa. En la política como en la historiografía, los marxistas y los proclives a Marx han sido derrotados. Es fácil olvidar cómo sus premisas y sus argumentos fueron una vez dados por sentados y lo perversos y raritos que parecían aquellos que se manifestaban en su contra.

Y, de hecho, momentos así son un recordatorio de las voces que no se escuchan en el gabinete de secretos de Mount. Con unas pocas e idiosincráticas excepciones (Greer, Alan Bennett, Le Carré, Arthur Ransome, autor del clásico infantil *Swallows and Amazons*, y el eclesiástico filo soviético Hewlett Johnson, deán de Canterbury), estamos ante un espectro que excluye a la izquierda. Por supuesto, no se puede reseñar lo que no se publica. Pero incluso una lista muy breve de voces ausentes que podrían haber sido elegidas –autores y temas destacados del tipo de libros que Mount suele elegir para comentar– es reveladora por lo que dice acerca del imaginario nacional tal y como se presenta por su mediación: Richard Hoggart, Jack Jones, Eric Hobsbawn, C. L. R. James, Dorothy Thompson, Angela Carter, Tony Benn.

La lealtad de Mount al partido se encuadra de manera más ambigua. En general, no es un gran admirador de los políticos, lo que incluye a los conservadores. Sus juicios condenan a Harold Macmillan, cuyo gobierno considera como un anacronismo y un error histórico, y a Edward Heath, el tecnócrata; despacha el heroísmo de pega de Lord Hailsham como exhibicionismo. Entre sus contemporáneos, dos de sus tres piedras de toque son leyendas de la derecha laborista, Denis Healey y Roy Jenkins (la otra, como siempre, es Margaret Thatcher); y

la afirmación más clara de inspiración política en toda la recopilación aparece de soslayo, en una subsección supuestamente dedicada a la religión, dentro de una semblanza del líder liberal Gladstone. Para el *tory* sinceramente devoto, la presencia intelectual de Mount debe ser casi tan tranquilizadora como en su época fue el periodismo de calidad de Matthew Arnold para los liberales del partido. Pero el juego libre de la mente de Arnold tenía una palanca de freno, que aplicaba con un lema procedente del pensador conservador francés Joubert: «La fuerza a la espera del derecho». La afirmación equivalente de Mount sobre los límites se merece una fama similar: «Hay momentos», escribió en *Cold Cream*, defendiendo el programa de política interior de los gobiernos de Thatcher, incluyendo la premeditada lucha a muerte con los mineros, «en los que lo que se necesita no es un faro, sino un soplete».

Mount puso su grano de arena para echar gasolina al soplete y hubiera hecho aún más si no fuera porque la orientación del gobierno de Thatcher se desplazó durante su segundo mandato, dando entonces prioridad a la formulación de una nueva *Östpolitik* para los últimos días de la Guerra Fría. Así las cosas, regresó al periodismo y a la escritura a tiempo completo. Si, más prosaicamente, el compromiso intelectual en los asuntos públicos —el ejercicio de la autoridad en la sombra— puede situarse en una escala que oscila entre los extremos de, por un lado, la profecía o el liderazgo moral y, por otro, la política o la formulación de objetivos prácticos para instituciones convenientemente equipadas para ello, las lecturas de Mount muestran un impulso continuo hacia este último extremo. Esta tendencia práctica, en el área del centro derecha balizada por Thatcher y Blair, se ha desplegado, de manera más obvia, en las obras largas que ha escrito a lo largo de los últimos veinticinco años: *The British Constitution Now* (1992), *Mind the Gap* (2004) y, últimamente, *The New Few* (2012), una denuncia acerca de la proliferación de la oligarquía en la vida económica y política británica. Pero está igualmente presente cuando, como es a menudo el caso en *English Voices*, la ocasión no es fundamentalmente política. El Gladstone de Mount es una fusión funcional de los dos extremos de la escala: el político reformista y el vidente reunidos en una sola persona. Es, además, una figura que desafía los términos polarizadores y reductores de los «credos políticos» y los dogmas partidistas establecidos. Es «devoto» entre utilitaristas, comunitarista en su momento, pero tolerante (a su debido tiempo) ante las estrechas exigencias confesionales, y liberal por su sensibilidad ante las condiciones de vida del pueblo. Hay algo en él que recuerda a la filosofía de Berlin y también a la de Michael Oakeshott, dos figuras que se profesaron una inveterada hostilidad mutua.

Este Gladstone «no es únicamente [...] una reliquia brillante» de su propia época, sino «una voz aún presente en nuestra propia conversación». Es inconfundiblemente real. Desde mediados de la década de 1980, juzgaba Mount en 2005, los «tres principales partidos», es decir, los partidos

británicos presentes en Westminster, habían «experimentado un momento gladstoniano», un momento de «revisión y retracto»: el Laborismo cuando empezó a reevaluar su fe en el «socialismo de Estado», los conservadores recordando que nunca habían creído realmente en todo ese «crudo liberalismo de Manchester» y los Liberal-Demócratas siendo conducidos a reconsiderar «las insulsas políticas de impuesto y gasto en las que habían caído». El espíritu del «viejo gran hombre» estaba políticamente vivo, parece ser, en las numinosas personas de BlairBrown, Cameron y Cable, cuya agenda «él habría reconocido como suya»: descentralización del poder en la Gran Bretaña multinacional; defensa de los «pequeños pelotones» de Burke (de los cuales la familia es el prototipo) y de las facultades discrecionales del gobierno local; la subsiguiente «reducción del Estado sobredimensionado» y la «cuestión mas espinosa de todas», deshacer las «desventajas de los pobres sin mellar su autoestima ni dañar su independencia».

Todas estas rúbricas son, en efecto, variaciones sobre una: a saber, la «confianza en uno mismo». «Retórica thatcherita», señala Mount, pero también, en su valoración de un cambio del clima ético político, «el lenguaje político común del siglo XXI». La solidaridad social es necesaria, insiste, pero sólo será lo bastante flexible como valor de unión, si puede aprovechar los recursos profundos de la familia y de la nación sin a la vez debilitar los medios de la confianza individual, como lo hizo el «gerencialismo» político británico. «Las oportunidades para las masas de construir sus propias vidas han sido escasas y limitadas». Aquí tenemos a Mount encarnando al *tory* de una sola nación, el más moderado entre los moderados, como lo evaluó el Partido Conservador en aquellos días de su ambición parlamentaria, «blando como el lomo de un cisne», como dijo Conrad Black, recurriendo al baúl de los disfraces lingüísticos que todo magnate de la prensa canadiense tiene siempre a mano para sus fines de semana en la campaña inglesa. De manera más precisa, quizá, puesto que Disraeli apenas está presente en *English Voices* y nunca lo está en tanto el autor de *Sybil*, nos encontramos ante Mount en su papel de tribuno *tory* o como el precursor intelectual de uno: no un paternalista al estilo de la fantasía aristocrática de Disraeli, ni en absoluto un populista repitiendo opiniones ajenas, sino más bien una figura a lo Gladstone, a la vez visionaria y activista, con el don de hacer que «la gente» crea que no ha sido «olvidada». Pero está claro que las «vacaciones lejos de la ironía» han durado mucho más de lo que Mount se imaginaba; la capacidad negativa ahora empieza a parecernos más bien un trastorno esquizoide. Pues en esta figura semejante a un tribuno encontramos una quimera formada por la unión de un ser indudablemente humano con ese otro ser que ayudó a cargar el soplete de Thatcher. Mount rechaza el «individualismo radical» del giro neoliberal y la «igualdad de oportunidades» que es la única (y espuria) forma de mitigarlo. Presiona para que se desarrolle

un *ethos* y una agenda política, que combine la solidaridad con la confianza popular en uno mismo, en una estrategia que reduzca las vertiginosas desigualdades de la vida social presentes en la Gran Bretaña actual. Y lo hace, aparentemente, con una serena inconsciencia del papel que ha jugado en la guerra política contra el único agente social que ha luchado por estos objetivos generales con consistencia y logrando algún resultado: el movimiento obrero organizado. Pero esta no es una voz que pueda admitirse con facilidad en la isla de la conversación, de la que, igualmente, ha sido expulsado todo el pensamiento y la política anticapitalista consecuente, «derrotada», como dice él. Las oportunidades para que las masas construyan sus propias vidas han sido, sin duda, escasas y limitadas, y mucho más en los últimos cuarenta años bajo la comandancia política de los Gladstones de Westminster de las últimas épocas. La condición social que Mount con justicia deplora es, moralmente hablando, una que él mismo ha fabricado. Su problema es el producto de una «solución» precedente.

Si el recurso a Gladstone marca el punto álgido de la ilusión posthatche-rista, el ejemplo de Walter Bagehot desencadena reflexiones de un estilo más sombrío. Bagehot fue un periodista «brillante», concede Mount, e importante en tanto que pionero del «periodismo de calidad». Pero esa institución inglesa tenía su «lado negativo», que adoptaba la forma de un desprecio por los más profundos sentimientos populares. Así que Mount escribe:

Los resentimientos más potentes que hoy operan en Europa son aquellos provocados por la desigualdad, la inmigración de masas y las incursiones de la Unión Europea. Y son precisamente aquellos en los que la elite de los medios de comunicación se muestra más reticente a comprometerse.

Bagehot despreciaba a las masas y creía que podía tomarse el mundo «a la ligera», nos dice Mount, añadiendo: «El problema es que mucha gente insiste en tomárselo en serio». Muy en serio. Y, en una época en la que las políticas de inmigración y Europa han demostrado su poder a la hora de frustrar las expectativas liberales, a él tampoco le vendría mal volver a revisar su propio periodismo de calidad, en el cual el primero (el más antiguo y más extendido) de estos resentimientos ha sido durante mucho tiempo una causa especial. Podría también repasar el realismo de sus propias panaceas para la corrección de la desigualdad, incluso quizá imaginarse qué giros inesperados podrían aún guardar en la recámara «la cuestión más delicada de todas». *Tu quoque*, como decían los antiguos o, en el lenguaje de la calle: «¡Mira quién fue a hablar!».